

Relato de una experiencia

“El Fuego y la Especie Humana – el primer encuentro”

–Alessandro Iacovella–

Parques de Estudio y Reflexión – Attigliano

8 de octubre de 2011

Lo más interesante del Big Bang es el instante anterior.

Ahí sucede algo de lo que no se puede volver atrás. Los amantes en el instante antes del orgasmo, el instante antes de tocar la tecla del piano con el dedo que ya aprieta, el instante antes del lanzamiento de la flecha con el arco, con la mano que ya está aflojando los dedos... como si aquel instante fuera el ápice de una intención que, poco antes de manifestarse, revela toda su energía, incluso antes de descargarse en su acto final... es ahí que existe la mayor carga, no se puede retroceder, ahora ya va por sí sólo, se separa de la intención y se convierte en algo independiente, se convierte en otra cosa y se diferencia del pasado... volver atrás a ese instante anterior parece imposible, inalcanzable, parece que no nos pertenece... y, en cambio, sin ese instante anterior, nada tendría sentido.

Interés del trabajo:

Llegar a experimentar lo que experimentó el homínido cuando se encontró frente al fuego por primera vez.

Sentir esos registros y dejarse inspirar, para comprender y encontrar de nuevo, en ese momento único, el momento más grande de cambio de la Especie Humana.

Relacionando el interés al proceso de Ascesis, la intención fue perfeccionar cada vez más la Entrada en la práctica, dejándome inspirar por el registro de “encuentro” que surge del encuentro del fuego con la Especie Humana.

En todo este trabajo de experimentación, el Propósito alimentaba la experiencia y también se beneficiaba de ésta, fortificaba y se veía fortificado, con un registro de retroalimentación que cuanto más pasaba el tiempo, más daba sentido y dirección al trabajo que estaba realizando.

El escrito de esta experiencia se articula en cuatro partes, a saber: una introducción, apuntes sobre la respuesta diferida, el relato de la experiencia y las conclusiones.

INTRODUCCIÓN

“...Algunos antropólogos como nunca hicieron fuego, salvo con fósforos, creyeron que al fuego primeramente se lo produce y posteriormente se lo conserva.

Pues no, no es así. Primero se lo conserva y después se lo produce.

Claro, porque en la Naturaleza estaba ya el fuego. Entonces, el tema era disponer de él. Ya estaba producido. No se sabía cómo producirlo uno. Pero sí estaba producido en la Naturaleza.

Entonces, ese fuego trabajaba como un “regalo”. Eso venía de los volcanes, del fuego en los bosques, eso venía del fuego en distintos lados pero no se disponía de eso.

Pero antes de que se pudiera considerar como “regalo” se lo reconocía como amenazante y peligroso. Ahí está la primera diferencia entre los homínidas y los demás animales. Y no se ha reparado suficientemente en ese problema. Una gran diferencia. Ya está ahí. Los homínidas, qué tipo de bichos son, que se animan a ir a esa cosa peligrosa y que no ponen los pies en polvorosa como hacen todos los otros animales. Todos frente al fuego huyen y estos frente al fuego se acercan. Esta es una cosa que marca una diferencia histórica. Porque hay en el circuito de éstos, suficiente capacidad como para oponerse a sus reflejos. La Naturaleza dice “huye”. Ellos se oponen y dicen: “acércate”. Este hecho es extraordinario y alarmante. ¡Cómo hacen! Tú le cuentas eso a alguien y ese dice sí, claro. ¡Cómo que claro! Ese hecho es tan extraordinario que a todo el mundo le parece algo natural y sin importancia. El hecho que destacamos hace a la diferencia fundamental entre los homínidas y otras especies. Esa cosa de acercarse. Te acercas mucho y ya te quemas. ¿Cómo hacemos? Agarras una rama o una caña, manoteamos el fuego y allí lo conservamos brevemente. Se nos quema la caña, se nos quema la mano y volvemos a huir despavoridos. A ver, cómo hacemos para sacar el fuego de ese bosque que está ardiendo, de esa lava que pasa y quema todo, de ese rayo que incendió ese matorral, cómo hacemos para tomar ese fuego antes de que se extinga, para llevarlo, conservarlo de un modo o de otro mientras se te apaga... y se te apaga, y siempre se te apaga y vas a buscar más, cuando puedes. Se apagó eso y de acá a encontrar otro han pasado 20 años y tú alcanzabas a tener 30 años de vida. O 20. Y si no te comía un oso antes. ¡Acercarse al fuego!, ningún animal hizo eso. Y estos que hicieron eso, aprovecharon para poner a los otros a distancia. Si todos se asustan del fuego y nosotros también, tratemos de manejar el fuego para asustar a todos. Y ya empezó la gracia. Como de costumbre empezaron a imponerse a otros. Esa es la diferencia. Debemos preguntarnos cómo fue el mecanismo para que este bicho se opusiera a su instinto de conservación. Esa es la pregunta. Cómo fue la conformación mental para oponerse al instinto de conservación. Es una pregunta interesantísima. Afecta a la antropología. Afecta a la historiología, afecta a la Psicología, afecta a muchísimas cosas, la respuesta a esa pregunta.

... Como todos los animales, los homínidas también padecieron un temor cerval hacia el fuego. Eso es lo meritorio y lo interesante. No fueron a dar un paseíto. Fueron con un terror sacro al fuego. Eso es lo interesante. Hay que ponerse en la cabeza de esos

peludos, con una tremenda quijada, petizos, con una cabecita con la capacidad cúbica de una naranja. Malísimos. Imagínate, con esa quijada, te agarran un brazo y te lo comen. Imagínate esos antropoides raros que ven el fuego, y le dan vueltas y le dan vueltas y se animan, en contra de ese temor... Sinantropus, Cromagnones, Homo Sapiens, todos acercándose al fuego. ¡Qué familia! Cómo será el circuito mental en el que uno se opone a lo que dicta el reflejo incondicionado. Todos son autómatas. Todos son máquinas que responden reflejamente a los estímulos. Le dan y responde. Le da miedo, huye. Cómo es esto. Su curiosidad se opone a los instintos. Es lo mismo que va a pasar después con la respuesta diferida. Llega un estímulo y el sujeto no responde. Responde después. La respuesta diferida es propia de este homínido. Así como la oposición a su instinto de conservación y su opción de investigación frente al peligro. Todas estas cosas están fuera del orden natural de los seres vivos. Ni la respuesta diferida, ni la oposición a su instinto mecánico de conservación es compartida por otras especies. Morfológicamente, fisiológicamente, genéticamente, está todo ahí mezclado. Todos tienen la misma historia. Todos poseen mimesis: todos cuando hay algún peligro se disimulan. Se camuflajan como ciertos bichos que hasta cambian de color y se convierten en “ramas” y uno no los ve. Como estos que van a pescar o a cazar y se ponen camuflaje. Y esos otros que se ponen ramas, se cubren, mimetizan, se mimetizan con el ambiente. Como cualquier bicho. Se mimetizan. Tienen tropismos. Eso también está en los homínidos. Montones de características. Se reproducen. Todas esas cosas están en todos. Todo eso es común. El único problema es “el algo más”. Este “algo más” no está en ningún otro bicho. Está en esa especie monstruosa de los homínidos. Ese algo más de las respuestas diferidas y de la oposición al reflejo de huida. Ese algo más es el tema para entender que pasa con éste. Porque después vienen todas las explicaciones...”¹

Leí, una vez más, estos apuntes hace algún tiempo, durante una noche de experiencia transcurrida con otros amigos, dedicada a la conservación del fuego, en una cueva cerca del Parque de estudio y reflexión de Attigliano.

Estar en contacto con el Fuego siempre ha sido para mí una fuente considerable de inspiración, reencontrarme en los límites de un tiempo aparentemente desconocido, descubrir que Él no tiene sombra y que tiene la gran capacidad de mostrarme la mía, tener la certeza de que Él existe siempre, está siempre presente en todos los sitios y se me manifiesta sólo si el acto ceremonial de encenderlo, de llamarle a este mundo, lo hago bien, sólo entonces lo veo y lo percibo, sólo en ese momento Él dona, a mis limitados ojos, su seducción.

Me di cuenta de que, por éstos y por otros innumerables regalos, tenía que agradecer.

¹ Extracto de una transcripción de una charla con Silo en la oficina “La Pirámide” el 19 de noviembre de 2003, Santiago (Chile). Ha sido corregida por Silo. El documento se conoce como La charla de la piedra.

Agradecer a aquéllos que desafiaron su instinto de huir, que se Le acercaron temblando y con miedo, reconociendo en Él quién sabe qué fuerza aparentemente ingobernable.

Después me pregunté:

“¿Por qué lo hicieron? ¿Qué o quién les impulsó a moverse?”

Bueno, me preparo para hacer una tarta, mi primera tarta. Elijo los ingredientes, los mezclo bien, meto mi primer intento en el horno y espero a que se transforme en lo que me imagino.

Más allá del resultado más o menos satisfactorio, descubro que pongo en funcionamiento una serie de mecanismos en mí que están relacionados con la asociación gustativa y olfativa, no voy mucho más allá respecto a esto.

Distinto es probar una tarta hecha por otra persona para descubrir sus ingredientes.

La pruebo, saboreo el gusto, me doy cuenta de que es fácil reconocer algunos ingredientes por el gusto, por su evidencia, por su familiaridad, porque tienen un sabor “familiar”, porque me recuerdan a los dulces hechos por mi madre, porque su sabor es fuerte e inconfundible. Muy a menudo me resulta difícil reconocer el último ingrediente, el ingrediente secreto, el que parece que han puesto a posta para demostrarte que todavía no has afinado a la perfección la capacidad de individuar lo que a los ojos parece inseparable.

En efecto, con la vista es imposible separar los componentes originales de una tarta, sus raíces, los elementos anteriormente separados los unos de los otros y después unidos para fundirse juntos en una forma que nada tiene que ver con lo que fueron un día.

Es evidente que la vista no basta, necesito una vez más el gusto y el olfato.

Y tampoco es suficiente la glándula gustativa como único sentido para reconocer los ingredientes, sino que necesito la capacidad de separar, individuar, evocar los datos de mi memoria, reelaborar todo y responder: “¡canela!”... y mantequilla, azúcar, huevos, chocolate... y además... y además... ¿y además?

Y además ese último ingrediente que no reconoces, ni con el gusto ni con el olfato, y mucho menos con la vista, parece que no está, y en cambio, siguen diciéndote que está, pero tú no lo notas... no lo notas.

Al final te lo dicen, pero no es lo mismo, parece que ahora tenemos claros los ingredientes, los orígenes de esa tarta están delante de mis ojos, pero no dentro de mí. Para mí, esa tarta es todavía un misterio por descubrir, por comprender en todas sus partes.

APUNTES SOBRE LA RESPUESTA DIFERIDA

“La vida desde sus comienzos se ha manifestado en numerosas formas. Muchas son las especies que han desaparecido por no adaptarse al medio, a las nuevas circunstancias. Los seres vivos tienen necesidades que van a satisfacer en su medio ambiente. Esta situación en el medio ecológico se da en continuo movimiento y cambio. La relación es inestable y desequilibrada, provocando en el organismo respuestas que tienden a compensar ese desequilibrio y así poder mantener la estructura, que de otro modo desaparecería bruscamente. Así, vemos a la naturaleza viviente desplegarse con variedad de formas en un medio ambiente de numerosas características, distintas y cambiantes, y en su base mecanismos simples de compensación frente al desequilibrio que hace peligrar la permanencia de la estructura.

La adaptación al cambio externo implica también un cambio interno en el organismo para su supervivencia. Cuando este cambio interno no se produce en los seres vivos, éstos van desapareciendo y la vida elige otras vías para seguir su expansión creciente. Siempre en lo vital estará presente el mecanismo de responder compensatoriamente al desequilibrio, que según el desarrollo de cada especie, tendrá mayor o menor complejidad. Esta tarea de compensar al medio externo, y también a las carencias internas, se va a comprender como adaptación (y específicamente como adaptación creciente), como única manera de permanecer en la dinámica de la inestabilidad en movimiento”...²

Así es, entonces, que la Vida se manifiesta en el mundo.

El desequilibrio y la inestabilidad parece que son ingredientes fundamentales para crecer, evolucionar y transformarse.

La Vida se transforma a sí misma gracias a estos factores que la empujan hacia nuevas posibilidades, para compensar nuevos desequilibrios y nuevas inestabilidades.

Toda esta dinámica me pone en contacto con algo sumamente grande y potente, una retroalimentación potencialmente infinita y con grandes posibilidades de dar lugar a desarrollos infinitos. La Vida se muestra a sí misma a través de sí misma, todas sus manifestaciones en este mundo material y terreno están relacionadas con un ambiente externo.

Mayor era la desadaptación, más grande era el esfuerzo para compensar tal desequilibrio, y si el esfuerzo llegaba a buen fin, grande era la recompensa, el premio de todo ello era la posibilidad de un cambio interno.

² Silo, Apuntes de psicología I, El psiquismo como función de la vida.

Ningún ser perfectamente adaptado a este mundo produce cambios internos.

El ser humano es el ser más desadaptado a este mundo, es el ser que más sufre la fuerza arrolladora de los desequilibrios y la inestabilidad, pero también es el ser que más ha conseguido superarse, cambiando dentro y fuera de sí mismo, configurando en sí una estructura capaz de dar respuestas no sólo instintivas, de reflejo, sino también respuestas pensadas, ralentizadas y dirigidas al futuro, que hacen pensar en el futuro, es el caso de las respuestas diferidas.

“Sería erróneo pensar que las estructuras vivas cambian y transforman sólo al medio ambiente, ya que este medio se complica crecientemente y no es posible adaptarse manteniendo la individualidad tal como ha sido creada en su comienzo. Este es el caso del hombre, cuyo medio, con el paso del tiempo, deja de ser sólo natural para ser además social y técnico. Las complejas relaciones entre los grupos sociales y la experiencia social e histórica acumulada, ponen un ambiente y una situación en la que va a ser necesaria la transformación interna del hombre. Tras este rodeo en el que la vida aparece organizándose con funciones, tropismos y memoria para compensar un medio variable, y así adaptarse crecientemente, vemos que es necesaria también una coordinación (por mínima que fuere) entre estos factores, y para la orientación oportuna hacia las condiciones favorables de desarrollo. Al aparecer esta mínima coordinación, surge el psiquismo como función de la vida en adaptación creciente, en evolución.

La función del psiquismo consiste en coordinar todas las operaciones de compensación de la inestabilidad del ser vivo con su medio. Sin coordinación, los organismos responderían parcialmente sin completar las distintas partes compositivas, sin mantener las relaciones necesarias y, por último, sin conservar la estructura en el proceso dinámico de adaptación.”³

Toda la estructura del psiquismo humano está configurada en función de la respuesta diferida o, dicho de otra manera, ha sido esta fuerte necesidad de dar una respuesta distinta de la instintiva –necesidad de compensar una fuerte desadaptación hacia el mundo externo– lo que ha creado las condiciones de origen ideales para estructurar un psiquismo adecuado para dar este tipo de respuesta.

Profundizando más, y tomando de nuevo el título del capítulo del que ha surgido la inspiración, se puede afirmar que el psiquismo humano, en función de la Vida, configurándose como necesidad compensatoria de frente al mundo, tiene como característica principal la capacidad de dar respuestas diferidas.

Mi intención fue detenerme a describir, en pocas palabras, cómo surge el mecanismo de respuesta diferida en el psiquismo humano, para entrar un mínimo en el contexto.

³ Silo, op. cit.

Para profundizar sobre el tema aconsejo al lector que estudie *Apuntes de psicología* de Silo, donde el tema del psiquismo está ampliamente desarrollado.

RELATO DE LA EXPERIENCIA

Estudio una parte de “La charla de la piedra”:⁴

“Hay que ponerse en la cabeza de esos peludos, con una tremenda quijada, petizos, con una cabecita con la capacidad cúbica de una naranja. Malísimos. Imagínate, con esa quijada, te agarran un brazo y te lo comen. Imagínate esos antropoides raros que ven el fuego, y le dan vueltas y le dan vueltas y se animan, en contra de ese temor... Sinantropus, Cromagnones, Homo Sapiens, todos acercándose al fuego. ¡Qué familia!”

Lo tuve claro, desde el principio, que para meterse en la cabeza de uno de estos homínidos, había que hacer algo extraño, algo que no tiene nada que ver con la cotidianidad ni con las copresencias a ella unidas.

En ningún libro se puede encontrar la descripción de cómo fue aquel momento, es más, sería extraño si lo hubiera, casi toda la antropología parece tener de frente a este fenomenal encuentro un enfoque un poco superficial: “un buen día, el hombre tomó el fuego y empezó a conservarlo”, no van mucho más allá de esto, su atención parece estar más dirigida a encontrar restos más antiguos de los encontrados por el colega anterior, como perdidos en una especie de olimpiadas de la antigüedad. A nivel informativo, se puede decir que, a día de hoy, la antropología sitúa el manejo del fuego por parte del hombre (*Erectus*) un millón y medio de años atrás, tomando como referencia descubrimientos de “fuego manejado” datados en ese periodo.

Sobre el primer contacto no han encontrado ninguna correspondencia interesante.

Entendí que tenía frente a mí un cuadro de la situación, como mínimo, profundamente incierto, con un registro de “salto a lo desconocido”.

Estas explicaciones, o mejor dicho, esta ausencia de explicaciones me planteaban un interrogante enorme que, con el paso de los meses, se hizo cada vez más acuciante, hasta convencerme de que lo único que podía hacer era encontrar “mi” respuesta.

El único modo de tener una respuesta era la de meterme siempre más profundamente en la piel de nuestro querido amigo, que vivió hace “N” millones de años.

⁴ Silo, op. cit. en nota 1

Era preciso quitar todo lo que tenía que ver conmigo mismo y con mis relaciones con el mundo externo, con mi paisaje de formación y con todo el paisaje de formación histórico-social acumulado desde, al menos, un millón y medio de años: nada de tecnología moderna ni tecnología inalámbrica, ni libros, ni siquiera tenedores o cuchillos, ni supermercados, ni luz eléctrica, ni duchas calientes, ni cama, ni ropa, ni zapatos cómodos, ni trabajo, ni dinero, ni herramientas, ni linternas, nada de plástico o hierro, nada de música, ni calendarios, ni relojes, ningún mapa, ningún sistema solar, ninguna escritura, ninguna religión oficial ni, por último, ningún fuego que conservar.

El tema principal era ¿cómo llegar al fatídico momento del encuentro? ¿Cómo llegar a experimentar lo que experimentó el homínido?

Empecé a tomar contacto con el Fuego, pasé varios momentos en su compañía, fijando registros que después los iba descartando puntualmente como “no interesantes” cuando me daba cuenta de que detrás se entreveían atributos de un paisaje histórico-social que parecían no pertenecer a la época hacia la que me había dirigido y, a medida que esta operación de limpieza histórica avanzaba, se iba perfilando cada vez más el mundo interno y externo de aquel periodo.

Alguna vez me pareció también percibir que estaba yendo demasiado atrás, de “quitar demasiado”, hasta encontrarme con intuiciones y registros que me había parecido que pertenecían a algo precedente a ese momento histórico y que inicialmente valoré como “no interesantes” para el objeto de estudio, pero que después tuve que valorar de nuevo fuertemente.

El viaje recorrido asumió así, en general, el sabor de un viaje hacia atrás en el tiempo, cuantas más cosas descartaba, más atrás iba en el tiempo y más me acercaba al momento del encuentro. Toda la experiencia se desarrolló en contacto directo con el Fuego en el arco de unos meses, en varios momentos en los que alternaba el trabajo delante del Fuego con un trabajo de meditación y de profundización del Propósito. Lo principal era **fijar registros**. Después de algún tiempo me di cuenta de que no era importante el tiempo pasado delante del fuego, algunas veces era de 12 a 20 horas, otras sólo 2 ó 3 horas... incluso media hora delante de la chimenea... lo importante era entrar en resonancia con Él y fijar los registros de las intuiciones que surgían.

Cada vez que después volvía a entrar en contacto con Él, me ponía de nuevo en las condiciones de continuar internamente desde donde lo había dejado: ha sido un trabajo de exclusión, de quitar, el situarme de nuevo donde lo había dejado ha sido muy importante para llegar al momento del encuentro. Más avanzaba con el trabajo de experimentación y meditación más me daba cuenta de que esta búsqueda estaba volviéndose el centro de mis pensamientos, una verdadera y propia obsesión, durante la fase final del trabajo había llegado al punto de relacionar cualquier cosa de lo que sucedía en mi vida o en el mundo externo con la búsqueda que estaba haciendo, todo giraba en torno a Él, vivía alucinado de una alucinación que yo mismo me estaba construyendo (como todas las alucinaciones, en el fondo). Fue muy importante la acción que el Propósito daba a la búsqueda que estaba haciendo, me hacía sentirme protegido, el Propósito y la Guía han sido referencias fundamentales que me guiaron hasta el final del trabajo. Sin la certeza de tener un propósito claro y fuerte, que ha

actuado **siempre**, durante todo el periodo de búsqueda, y sin una guía que puntualmente aparecía en los momentos fundamentales, no habría podido terminar esta búsqueda de experiencias nunca. No habría podido experimentar lo que, para mí, experimentó aquel homínido de frente al Fuego.

Lo más interesante, que empecé a notar hacia el final del proceso de experimentación, fue que los registros y las intuiciones que llegaron, se dieron, con el paso del tiempo, con una increíble precisión cronológica hacia atrás: primero sobre la época donde ya se producía el fuego, entrando en aquel mundo, en aquel periodo donde se manifestó este acto de creación, tomé contacto con registros muy interesantes y profundos que están relacionados con el crear y dar vida a algo que, hasta un segundo antes, aparentemente, parecía no existir para comprender después que en la íntima naturaleza de la Vida, el Fuego existe siempre, hasta tener, ahora, la certeza de que Él está siempre presente en cada uno de los sitios y se me manifiesta solamente si mi acto ceremonial de encenderlo, de llamarlo a este mundo, está bien hecho, sólo ahora lo veo y lo percibo, sólo entonces en ese momento él ofrece, a mis limitados ojos, su seducción. Así, a menudo me pregunté al oír pronunciar las palabras “encender el fuego”: “¿en qué se basa esta extraña seguridad que te hace decir que eres tú el que le enciende a Él?” Me di cuenta de la carga inmensa que tenía el Fuego en el periodo de pre-producción, ya que estaba completamente unido a la vida y a la supervivencia en este mundo, si el fuego se apaga, la vida se apaga; nada, ni antes ni después, ha estado tan envuelto de este “clima”, hecho de posesión, protección, sacralidad.

Por ello, el acto de creación, lanzado con la producción del fuego, ha tenido la capacidad de alimentar registros tan fuertes que incluso ahora están presentes en nosotros y que han puesto a la especie humana frente a la elección de querer repetir este gran acto, tomando como objeto ya no lo que garantizaba la vida y la supervivencia en esa época, sino la misma vida. Producir la vida como deseo de la especie humana de reproducir esos registros de sabor divino.

Continuando el viaje hacia atrás en el tiempo, aparecieron registros unidos al transporte del fuego, al cuidado de “lo más importante”, al registro de la “prioridad” que se iba conformando, nada era más importante que mantenerlo vivo, creando para Él la justa “casa”, para protegerlo hasta que él pudiera proteger.

Después empezaron a aparecer experiencias y registros unidos a la conservación, aprender que la dificultad de conservar un fuego de día o de noche son diferentes, de día no se ven las brasas rojizas, todo es gris... hay un tipo de llama, baja, lenta y silenciosa, que de día parece no existir, no se ve con la misma facilidad que cuando es de noche, debes estar más atento al fuego que al mundo externo, que, de día parece menos peligroso, hay luz, consigues ver de lejos; de noche todo el sistema de tensiones parece invertirse, hay necesidad de mantener el fuego vivo por la noche, Él se ve mejor, mientras fuera el mundo está apagado, oscuro, es más hostil, los ruidos se amplifican, el objeto de tensión va más hacia “fuera”, más lejos de mí mismo... entonces, esta especie de péndulo que nace, tiende a cambiar, de día, la tensión hacia el objeto más cercano a ti y que está muy unido al tema de tu supervivencia —si él

sobrevive sobrevivo también yo— mientras de noche todo cambia, la atención va más hacia fuera, el peligro viene de allí, mientras el fuego se controla más fácilmente.

Me he preguntado si, antes de este contacto cotidiano con el fuego para conservarlo, ha habido otros momentos así constantes, cotidianos y repetidos que han hecho surgir esta especie de péndulo entre los registros que produce el mundo externo y los registros del mundo interno, entendiendo por registros del mundo interno los que emergen del vínculo de supervivencia unido al fuego, “si él permanece encendido, yo sobrevivo”. He dejado ésta y otras preguntas proponiéndome examinarlas más adelante para profundizarlas en otros momentos.

Las ganas de encender un fuego en algunos momentos se transformaba en necesidad... de frente a él experimentaba “estar bien”, no existía nada más y no necesitaba nada más. Todo desaparecía lentamente y nos quedábamos los dos, a contemplar lo necesario.

El viaje hacia atrás me había llevado, con una buena dosis de certeza derivada de los registros, hacia un tiempo en el que la especie humana se dedicaba cotidianamente a la conservación del fuego, su presencia en la vida de los grupos humanos era constante y, posiblemente, ininterrumpida.

A partir de este momento, siempre procediendo hacia atrás, la experiencia se articula en varias “ventanas” temporales, registros de “primeros encuentros” aparentemente distintos, con la sensación de saltar de un espacio-tiempo a otro.

La exaltación

Era domingo, había encendido de nuevo un fuego que el día anterior había conservado por casi doce horas y estaba, como siempre, esperando registros que poder fijar, intuiciones. Creía que faltaba lo que ingenuamente pensaba que era la última pieza.

Me acordé de una lectura que había repetido muchas veces: fuego, tormenta y exaltación, los mitos indios⁵ y esta palabra empezó a resonar fuertemente, venía de lejos, venía “de atrás” y lentamente entró en mí, le di la espalda al fuego para apuntar en el ordenador esta palabra “exaltación”. Volví de frente al fuego y me quedé fulgurado, hipnotizado, lo que sucedió no podría describirlo mejor sino diciendo que me sedujo y me llevó con él, por un breve tiempo, quizás cinco minutos, él me habló, a su manera, mientras tanto, el registro de exaltación lentamente se adueñó de mí, empecé a llorar, después a reír... después a llorar de nuevo, y de nuevo a reír, hasta que este alternar de llantos y risas se transformó lentamente en pequeños gruñidos, sonidos extraños, guturales, antiguos, animalescos, empecé a intuir hacia dónde estaba yendo, o mejor dicho, en quién me estaba transformando, después de meses de trabajar con este tema, estaba a punto de entrar en ese mundo. Aparté un segundo la mirada del fuego, atraído por una figura, de frente a mí estaba el Maestro, en pie me

⁵ Silo, Obras completas, Vol. I – Mitos Raíces universales – Mitos indios – Fuego, tormenta y exaltación.

dijo: ¿era aquí que querías llegar, no? ¡Vamos!”, me dejé llevar del todo, sin frenos, sin inhibiciones... me sentía doblemente protegido, por el Maestro y por el Propósito, me convencí de que no me podía pasar nada malo, mi cuerpo empezó a inclinarse cada vez más, la cabeza inclinada hacia un lado, empecé a balancearme sin cesar de adelante a atrás, con los ojos siempre fijados en Él, en el Fuego, gruñendo, con una respiración corta y frecuente... cogí el palito de leña que tenía en la mano y lo acerqué al fuego, me lo llevé a la nariz, después a la boca, olfateando el olor y degustando el sabor de la conquista, lo hice varias veces, como para fijar en una débil memoria el sabor de aquel momento. Nada era más importante que el fuego, la exaltación y el éxtasis de ese momento te abren el cerebro en dos, ves el futuro como nunca antes lo habrías podido ver, chispas relacionales se multiplican y después, por primera vez, te sientes seguro, protegido.

Este registro ha abierto en mí una comprensión enorme y colmada de infinitos significados: antes del contacto con el fuego nunca ningún homínido ha tenido este registro de sentirse protegido y seguro, nunca antes de ese momento indescriptible, un plus energético de volumen inimaginable invadió, desde ese momento, la especie humana: cerca de él te sientes defendido. Yo ya no era yo, no había nada de mí en lo que estaba haciendo, era aquel homínido, mis registros eran los suyos, ir hasta él para tomarlos y hacerlos míos y traerlos a este mundo ha sido el sentido de todo este largo y difícil trabajo, esta media hora o quizás más de este “semi-trance”, de este viaje en el tiempo, esta experiencia vivida como un cambio total a nivel de comportamiento, ha sido una de las experiencias más fuertes e intensas de mi vida.

Esto que he descrito es lo que recuerdo de esos momentos, recuerdos parciales, flashes imprevistos donde me veía hacer lo que estaba haciendo.

Apunté todo y continué los siguientes días con la experiencia.

Me di cuenta muy pronto que la experiencia de “exaltación” vivida, no estaba unida al primer encuentro, era seguramente una consecuencia, pero ocurrió mucho, muchísimo tiempo después.

Había algo mucho más grande por vivir, por registrar y contarlo aquí.

Esta exaltación se produjo en el momento en que este homínido se dio cuenta de que podía controlar el fuego, se exaltó frente al potencial que empezó a percibir en sí mismo, se sintió potente, protegido, abrió de alguna manera su futuro y otras perspectivas, antes inimaginables.

Pero para darse cuenta de que podía controlarlo había necesitado dar muchos pasos previos, como, por ejemplo, no salir corriendo rápidamente. Después, acercarse y escapar de nuevo después de un poco; después volver a acercarse, tocar, quemarse y escapar; luego acercarse, tocar con otra cosa, por ejemplo, un ramaje para no quemarse y escapar viendo que el fuego se apodera del éste; después acercarse el ramaje y no pensar que el fuego se apodera del ramaje sino que eres tú quien se apodera del fuego y, por último, después de muchos intentos, la exaltación.

Todo este proceso, descrito muy sintéticamente en breves periodos, lo más probable es que se haya dado en el curso de millones de años. Cuanto más se repetían estos “primeros encuentros” de manera cíclica en el curso de la historia, donde el equipaje humano se perfeccionaba, más se acercaba la historia de este encuentro a un final feliz.

No fue un mecanismo secuencial de registros, que nació y terminó en una sola vez, lo que llevó del encuentro a la exaltación, como un proceso lineal en aquel breve tiempo... sino que fue una interminable sucesión cíclica de intentos por parte de la Vida de unir el fuego con el hombre que llevó, finalmente, a un cierto punto, a hacer que uno de los muchos homínidos se encontrara en la condición justa, listo a recibir y hacer suyo este regalo.

Lo inimaginable

Frente al mundo externo este homínido se ha encontrado siempre, para bien y para mal, en la condición de saber qué tenía que hacer, por ejemplo, huir o, también, elegir comer una cosa en lugar de otra. Frente al fuego no.

Para entrar en las condiciones previas al primer encuentro, el tema que tuve que afrontar fue el de ponerme en las condiciones para llegar a ver algo que no habría podido imaginar.

Esta condición ha sido ineludible, porque aquel hombre vio algo que nada tenía que ver con lo que era su mundo y justo esa condición ineludible le llevó a realizar el gesto más grande de auto transformación que un ser viviente hasta hoy en día haya hecho.

No habría podido auto transformarse si, de alguna manera, el Fuego se le hubiese aparecido delante como algo ya conocido, ya visto.

Entonces, imaginar lo inimaginable, éste parecía ser el tema, algo no visto hasta ahora, probablemente nunca imaginado, que se presenta allí, delante de ti, distinto a todas las cosas vistas hasta entonces, el instinto de fuga domina claramente, desde luego que domina.

Intento imaginar qué podría suscitar hoy en día en un ser humano la misma potencia de registros y no se me ocurre nada, me doy cuenta de que nada es tan fuertemente impactante como algo que, no sólo no has visto nunca, sino que ni siquiera has imaginado.

Entonces, cuando me dispongo a acercarme a esos registros me doy cuenta de la importancia de deshacerme de todo, lo que se dice **TODO**, porque al final resulta que todo lo que imaginas “no es”, y lo que no imaginas “tampoco es”, justo porque no consigues imaginarlo.

Sería como decir que esos registros vividos por nuestros amigos homínidos hace tanto tiempo son ciertamente inimaginables, pero no irrepetibles, y esto me dejaba una puerta abierta.

El gran respiro

Es de día.

El grupo se mueve en busca de alimento.

Buscan raíces, bayas, algo para comer.

Les cuesta mantenerse tanto tiempo de pie, la musculatura no se ha desarrollado del todo, uno de ellos come y mira a su alrededor, atento para no perder de vista al grupo. Permanecer unidos es fundamental para la supervivencia, reconocer los sonidos de sus compañeros, no están muy lejos.

Sus pensamientos, si de pensamientos se puede hablar, están dirigidos a la necesidad fundamentalmente vegetativa.

De alguna manera la tendencia de su comportamiento en el mundo es sobrevivir, huyendo frente al peligro y cogiendo donde se puede coger.

De repente, aparece frente a él algo desconocido.

En esos pocos instantes, quizás pocos segundos, se desencadena una sucesión de actos de alcance incalculable.

Huye, después se gira, él no lo sigue, vuelve hacia atrás e intenta acercarse, siente calor.

Se para.

Respira profundamente.

Su limitada conciencia, ya lista para dar aquel salto evolutivo que todavía no ha manifestado al mundo, no puede representar ese objeto.

No es un peligro, no puedo comerlo ni tocarlo, no es una hoja de árbol donde se apoya, no tiene sombra, todo tiene sombra, esta mancha negra en el terreno está pegada a todo ¡desde siempre! ¡Él no la tiene!

¿Él quién?

¿Quién es?

Frente a una cantidad indiferenciada de estímulos, decide prestar atención sólo al fuego.

No está percibiendo solamente ese estímulo, sino prestándole atención, lo apercibe. Y se pregunta: “¿quién es?”

La conciencia toma intención y va a la memoria a buscar datos, ¡la primera evocación!

Se da puñetazos en la cabeza, no comprende, no entiende qué está pasando, por un instante, un breve instante ve el mundo de un modo nuevo, se siente de un modo nuevo.

¡Siente que “es”!

Aquí está la primera chispa de reversibilidad.

Lo miro y le dirijo mi atención, lo apercibo y me pregunto “¿Quién es?”

La primera pregunta que el mundo escuchó.

Esa conciencia primitiva **vuelve sobre sí misma**, por necesidad de llenar el vacío, de tener que representar de manera distinta a lo normal algo que resultó irrepresentable, y lanza un nuevo mecanismo, el de la reversibilidad.

Aquí están los amantes el instante antes del orgasmo, aquí está el instante antes de tocar la nota del piano, con el dedo que ya pulsa la tecla, aquí está el instante antes de lanzar la flecha con el arco, con la mano que está ya aflojando los dedos.

Aquí está el instante más importante, el instante antes del Big Bang.

No fue un ser humano el que se acercó por primera vez al fuego, sino un animal.

De este encuentro, querido por la Vida, nació la Especie Humana.

Una conciencia animal se acercó a él, una conciencia humana nació del encuentro.

Muy probablemente, después huyó de nuevo y volvió a su mundo, pero transformado por aquel primer encuentro de una interminable sucesión de primeros encuentros.

Tales “primeros encuentros” que se repitieron una infinidad de veces, cada vez un paso más, cada vez más cerca, como una danza de seducción que durase millones de años, Él, el Fuego, siempre listo para ser acogido, y él, aquel homínido siempre más cerca al “Homo” y siempre más lejano del animal, listo para acercarse y para reconocer en Él algo para “conservar”, para mantener vivo, para custodiar, empujado por una intuición grande como la Vida, mandada por la Vida misma, operadora activa de aquella Intención Evolutiva que todo dirige.

Tú, juntos Padre y Madre de todos.

Tú, ni Padre ni Madre.

Diste al ojo la capacidad para ver.

Diste al cuerpo la capacidad para sentirse.

Nos regalaste el Futuro y la capacidad para imaginarlo.

Tú, hijo de la Vida como nosotros.

Con Ella que tantas veces se puso en la condición de encontrarnos.

Ella, Vida, paciente dominadora del Todo.

Ella que se manifiesta a sí misma a través de sus intenciones en el mundo,

Reconoció en nosotros dos intenciones para unir.

De aquel encuentro nosotros nos auto transformamos frente al mundo.

Y aquel encuentro te proclamó nuestro compañero de siempre,

Como complemento absoluto de la Especie Humana.

CONCLUSIONES

“Una Intención evolutiva da lugar al nacimiento del tiempo y a la dirección de este Universo. Energía, materia y vida, evolucionan hacia formas cada vez más complejas. Cuando la materia se comienza a mover, nutrir y reproducir, surge la vida. Y la materia viviente genera un campo de energía al que tradicionalmente se ha llamado “alma”. El alma, o doble energético, actúa en el interior y alrededor de los centros vitales de los seres animados.

Los seres vivos se reproducen y en ese acto pasa, a través de las células en fusión, el campo energético que configura un nuevo ser totalmente independiente. Los cuerpos vivos necesitan de elementos sólidos, líquidos, gaseosos y radiantes, para nutrirse y realizar sus funciones. Además, los dobles energéticos requieren sensaciones de distinto potencial para lograr su desarrollo. Con la muerte se produce la disolución del cuerpo al tiempo que ocurre la separación y aniquilamiento del doble energético.

La evolución constante de nuestro mundo ha producido al ser humano, también en tránsito y cambio, en el que se incorpora (a diferencia de las otras especies) la experiencia social capaz de modificarlo aceleradamente. El ser humano llega a estar en condiciones de salir de los dictámenes rigurosos de la Naturaleza, inventándose, haciéndose a sí mismo física y mentalmente. Y es en el ser humano donde aparece un nuevo principio generado en el doble. Desde antiguo a este nuevo principio se lo llamó “espíritu”. El espíritu nace cuando el doble vuelve sobre sí mismo, se hace consciente y forma un “centro” de energía nueva...”⁶

En este encuentro, en este “primer gran salto” que dio origen a la Especie Humana así como la conocemos, reconozco un elemento determinante: el inicio del proceso de reversibilidad, aquel “volver sobre sí mismos” que opera en la conciencia, adquiriendo intención.

Viviendo e integrando esta experiencia, me he acercado al futuro, y el futuro se ha presentado con más claridad que nunca: el “segundo gran salto”, si así podemos llamarlo, se dará de la misma manera, el mismo mecanismo aplicado en un ciclo nuevo, superior, la reversibilidad aplicada a lo que definimos el “doble energético”, el doble que “vuelve sobre sí mismo” toma intención y forma un centro de energía nueva.

Esta experiencia me resulta hoy más difícil de explicar: haber tenido, por un breve instante conciencia del “de dónde venimos” y del “hacia dónde vamos” me ha donado una inmensa fe en la Vida.

Reconocer en nosotros el alba de una nueva especie que tímidamente se está asomando al mundo, reconocer la dirección que la vida nos ha puesto de frente, reconocer el profundo vínculo que nos une a todos nosotros a los padres de nuestros padres es una experiencia que colma de sentido mi ser en este mundo.

Agradezco por el gran regalo.

⁶ Silo – La religiosidad interna - 2001

Compañero fiel de nuestro viaje,
La fatiga al separarse de Ti es tanta.
Tú eres todo lo que nos rodea y todo lo que está dentro de nosotros.
Liberarse de Ti y liberarte de nosotros conlleva todavía aquel sabor amargo de la
muerte.
Pero tendremos que hacerlo, un día, la vida nos lo pide.
Será el único modo de encontrarnos de nuevo,
los dos nuevamente transformados en una única esencia,
un único ser donde el reconocerse no tendrá ya sentido,
donde los límites de los cuerpos no serán ni siquiera recuerdos.
Para tenerte de nuevo tendré que dejar de verte y de sentirte.
Sólo entonces yo seré tú y tú serás yo,
y juntos dejaremos de ser.
Esto es lo que la Vida nos reserva.
Este es nuestro destino.
Nada malo podrá pasar,
porque nada podrá nunca parar la Vida.

Parques de Estudio y Reflexión – Attigliano

